

INVESTIGACIÓN Y DIVULGACIÓN EN TORNO A LAS MANIFESTACIONES RUPESTRES EN AMÉRICA LATINA

Aline Lara Galicia

Instituto Universitario de Estudios sobre América Latina

Universidad de Sevilla

En la última década, el estudio de las manifestaciones rupestres en América Latina revela avances significativos tanto en la comprensión de sus significados como de las herramientas utilizadas para el registro, conservación e interpretación. Hemos sido testigos de nuevas exploraciones y una producción abundante de trabajos científicos realizados en lugares con tradiciones pictóricas, desde grupos cazadores recolectores hasta las que se fusionaron tras la conquista europea.

El seminario "Manifestaciones rupestres en América Latina" surge a partir de los proyectos de innovación y de divulgación del Instituto de Estudios sobre América Latina (IEAL), en coordinación con el Secretariado de Divulgación Científica y Cultural de la Universidad de Sevilla, con el fin de difundir los más recientes estudios de los investigadores latinoamericanos. El objetivo de este seminario es aportar importantes reflexiones, nuevas hipótesis, teorías actuales, así como presentar las aplicaciones de nuevas tecnologías a estos contextos, las cuales, y a menudo, son desconocidas fuera de nuestros entornos académicos o incluso entre los propios investigadores nacionales.

En esta obra se muestran estudios de México localizados en los estados de Baja California Sur, Sonora, Nuevo León, Puebla, Hidalgo y Aguascalientes. De América del Sur en diferentes exploraciones en Venezuela y Brasil, en el corredor terrestre fluvial Negro- Orinoco- Lago de Valencia en Colombia, en el parque ecológico La Poma en Soacha- Sibaté, el parque arqueológico Piedras del Tunjo en Facatativá, ubicadas ambas zonas en la Sabana de Bogotá y la Serranía La Lindosa en Nuevo Tolima, Cerro Azul, y también en el Raudal de Guayabero en el Departamento del Guaviare; en Perú, donde se analizan las manifestaciones rupestres de la región de Nasca y la Sierra Norte de Lima; y por último, en Argentina en la región del cordón de Lampasillos, Salta.

Las reflexiones en torno a lo rupestre fueron sumamente enriquecedoras y se generaron algunas coincidencias, con sus respectivas derivaciones, las cuales resumiré a continuación. En general, estas coincidencias trataban de responder a las preguntas clave acerca de las expresiones simbólicas de las manifestaciones rupestres: ¿qué sabemos de las culturas que las realizaron? ¿Qué significaron? ¿Cómo se elaboraron? ¿El porqué de su creación? ¿Qué podemos hacer para conservarlas?

Una cuestión importante debatida en el seminario fue la relación entre los procesos arqueológicos y los registros. La articulación de estos procesos refleja, en primer lugar, que el estudio de lo rupestre es un fenómeno cultural, el cual debe estudiarse junto con otras evidencias arqueológicas contemporáneas. En segundo lugar, refuerza la idea de que toda exploración debe abarcar un registro minucioso antes que cualquier teoría o nueva tecnología utilizada; el registro detallado es necesario no sólo para su análisis, sino también para su preservación. Las contribuciones realizadas en los primeros estudios en América Latina a mediados del siglo pasado nos recuerdan la importancia del registro y su interpretación desde los proyectos, si bien no globales, sí de escala regional, los cuales revelan información estratégica para entender los fenómenos sociales insertos en un determinado contexto cultural.

En este sentido, Pilar Casado enfatizó la importancia de un registro detallado de yacimientos y la integración del arte rupestre a la temporalidad y contextos culturales con especial atención a la preservación del arte rupestre. César Quijada, en esta misma línea, argumentó que este registro de la gráfica rupestre contempla ante todo, la preservación y el inventario de las mismas. Carlos Mandujano subrayaba la importancia de una inspección general. Erika Morales, por su parte, señalaba la conveniencia de registrar sitios rupestres tanto a nivel micro como macro-regional. Diego Martínez, uno de los precursores de los trabajos de divulgación y conservación en Colombia, refiere a un hecho importante y es integrar dentro de los proyectos el retorno a los sitios, no sólo para la evaluación de la conservación, sino para nuevos post-registros. Estas reflexiones apoyan fehacientemente el hecho de que muchas de las exploraciones que se realizaron en algunas regiones hoy nos sirven como modelo para su ubicación, evaluación y estado de conservación, pero no en todos los casos para una interpretación.

Por otro lado, los debates no obviaron algunas de las limitaciones a las que se enfrentan los investigadores, como enfrentarse a la difícil tarea de poder realizar un registro completo, ya sea por dificultades en el acceso o simplemente por falta de presupuesto. En Venezuela y la Amazonia colombiana, por ejemplo, son pocas las investigaciones y un dato relevante es lo que Leonardo Páez menciona como la

relegación de las manifestaciones rupestres como valiosa fuente de datos. En esta misma línea, Judith Trujillo sopesa que al no poder dar una cronología precisa a las manifestaciones rupestres, en ocasiones se tiene el temor de aventurarse a interpretaciones. En México desde hace décadas se viene denunciando la falta de apoyos a los espacios rupestres frente a los políticamente más rentables apoyos a los centros prehispánicos de arquitectura monumental.

A nivel general, podemos destacar en relación a los métodos de registro macro regionales los descritos por María de la Luz Gutierrez a través de la investigación completa de la tradición Gran Mural de Baja California, realizando registros muy completos y desde una perspectiva teórica muy adecuada a dichos contextos. Asimismo, César Quijada en el estado de Sonora ha realizado un exhaustivo estudio de clasificación general de las figuras conforme a su morfología. Moisés Valadez en Nuevo León ha registrado conjuntos rupestres desde la plástica rupestre y el complejo paisaje cultural con el fin de identificar distintas tradiciones rupestres en la región. En Colombia, el Grupo de Investigación de Arte Rupestre Indígena (GIPRI) ha llevado a cabo la tarea de registrar sitios y yacimientos en muchas regiones de este país.

Asimismo, nuevos estudios microregionales han contribuido de manera importante al registro e identificación de las regiones rupestres latinoamericanas. Carlos Mandujano propone un ejercicio comparativo entre diversos estilos, como por ejemplo los establecidos ya en la tradición Gran Mural y los que pueden encontrarse en el área de La Giganta en Baja California Sur. Beatriz Menéndez retoma clasificaciones ya establecidas por otros investigadores en la región de Sonora, pero plantea una reclasificación y también un estudio de coloración de las pátinas como nuevas vías de interpretación. Mario A. Palacios, por su parte, analiza los conjuntos por medio de una documentación integral del panel rupestre y posteriormente estudios arqueométricos para compararlos con investigaciones de la región en cuestión.

En América del sur, las propuestas en torno a las manifestaciones gráfico-rupestres han enriquecido considerablemente el panorama de interpretación. Diego Martínez propone un registro científico a partir de una estratigrafía mural, entendida como el estudio de las capas con las que fueron realizadas, incluyendo líquenes y grafiti, entre otros. Las aportaciones de Leonardo Páez son significativas debido a que el área descrita está muy poco estudiada y el investigador explora a nuevas posibilidades de registro. Páez realiza un análisis comparativo gráfico-temático y referentes culturales guayano-amazónicos. Una situación semejante se presenta en los trabajos realizados por Aldo Noriega, en la cual sus registros parten de las casi nulas exploraciones en la región, pero

por otro lado recurre a comparaciones con registros de otros territorios, obteniendo importantes resultados. Judith Trujillo y su equipo de colaboración se dedican al registro de espacios rupestres a partir de la arqueometría y el uso de nuevas tecnologías para reconstruir la composición de los pigmentos de las pinturas. Aïcha Bachir Bacha propone diversas funcionalidades de los geoglifos de Nasca y los geoglifos de Paracas, a partir de las evidencias arqueológicas localizadas in situ y su función ritual como guías para encuentros de grupos originarios en épocas antiguas.

Una segunda dimensión de todos estos trabajos es aventurar el porqué de su elaboración y su significación. Las diversas teorías e hipótesis que se utilizan para el estudio de lo rupestre son un gran desafío para el analista. Las expresiones tuvieron un fin y desde América Latina se abordan algunos aspectos muy precisos: el aspecto religioso y simbólico inmerso en los conjuntos rupestres y el hecho de que los grupos humanos que elaboraron dichas expresiones tuvieron una relación estrecha con la naturaleza transformando y culturizando su entorno.

Uno de los enfoques que más se repiten en varios capítulos es el estudio de lo rupestre a partir de su entorno natural: una relación ontológica que proviene desde la antropología y que en la prehistoria se conoce como "arqueología del paisaje", una teoría fue desarrollada en el ámbito arqueológico, hace tiempo, por Felipe Criado (1993). María de la Luz Gutierrez defiende que el paisaje cultural simbólico debe integrarse en el estudio de lo rupestre desde su registro y, con ello, aportar diversas interpretaciones. En consonancia con esta idea, hay varias propuestas a través del estudio del entorno. Desde proponer que el lugar es elegido ya sea por el tipo de roca, su ubicación y su vinculación con la posición de los elementos pictóricos como describe Beatriz Menéndez, hasta lo que César Quijada menciona como la elección de sitios, su permeabilidad y su acceso dependiendo de lo que se quiera comunicar. Mientras que Mario A. Palacios argumenta que es imprescindible disponer también de un panorama general del paisaje. Aline Lara plantea que la asociación entre lo cultural y lo natural es inherente en las expresiones simbólicas y forma parte de la cosmovisión y la organización del mundo, entre lo que se pinta, dónde se ubica y lo que se quiere transmitir.

De manera notoria, destaca el hecho de que en las tradiciones de América del Sur se cuenta con una diversidad más amplia de lo que se creía. Diego Martínez presenta un panorama extenso en cuanto a las fronteras naturales y las ubicaciones de los grabados y las pinturas. En el entorno de Chile, descrito por Marcela Sepúlveda, los conjuntos rupestres tienen una caracterización muy clara en cuanto a su ubicación en un mismo

espacio altitudinal, el cual es interpretado por la investigadora como un indicador cultural. En Perú, Aldo Noriega asocia la iconografía rupestre a santuarios incas y caminos en la Sierra Norte de Lima; expone la funcionalidad religiosa dentro del paisaje y la orientación de los grabados en las cordilleras sagradas para el periodo incaico. En Nasca y Paracas, por ejemplo, Aïcha Bachir Bacha describe las ofrendas que se depositaron en los geoglifos y como estas mismas figuras son también representadas en textiles y cerámicas aludiendo, así, a un paisaje cultural dinámico. En consonancia con ello, Luis Martos amplía el panorama de la simbología del entorno en la creación de los petrograbados y la modificación de lo natural a través de los tallados en las rocas en este ámbito de la naturaleza cultural.

Desde otra perspectiva teórica, las manifestaciones gráfico rupestres se comparan con la continuidad de las tradiciones culturales en diversos pueblos indígenas contemporáneos. Jean Clottes (2011), como prehistoriador y especialista rupestre, argumenta que los conocimientos antropológicos enriquecen la capacidad de desarrollar el registro rupestre y construir interpretaciones de conductas, acciones y eventos. También Ramon Viñas recalca que es importante reconocer la analogía etnográfica donde aún permanecen grupos indígenas en América, África o Australia. Es importante seguir profundizando en los estudios sobre las creencias, mitos y cosmovisiones de estas sociedades para valorar la validez de las posibles analogías existentes (Viñas, et al. 2000).

A lo largo de la obra, se indagan reminiscencias en fuentes históricas y tradiciones orales que pueden ser utilizados en trabajos etnoarqueológicos para la interpretación simbólica. Aunque en espacios pictóricos de grupos cazadores recolectores no es posible poner de manifiesto dichas comparaciones etnohistóricas, en otras regiones como Colombia, Venezuela o México, se buscan y a menudo se encuentran reminiscencias concretas de operadores simbólicos en fuentes históricas y grupos originarios. En la zona de Bojacá, Colombia, Judith Trujillo propone que algunos motivos rupestres pueden ser comparados con la significación de textiles de la tradición muisca en relación a los mitos sobre el hilar y el tejer. Leonardo Páez describe similitudes entre los diseños antropomorfos con la cerámica de algunas regiones venezolanas, encontrando recurrencias en iconografía de rostros y proponiendo con grupos de habla caribeñas. Aline Lara rescata las identidades otomí de México en la simbología rupestre.

Otras propuestas teóricas, como la de Aldo Noriega y Luis Martos junto con sus equipos, asocian el fenómeno de la pareidolia en lo rupestre como una forma de explicar la transformación del medio y su materia prima, para intentar obtener

información "escrita" en estos contextos. En otra propuesta, Moisés Valadez interpreta el entendimiento de lo rupestre como códigos de significado y la plástica rupestre. Estos estudios están siendo desarrollados por prehistoriadores a partir del enfoque de la neurociencia, en la cual dichos fenómenos psicológicos provienen de un aprendizaje memorizado que asocia las formas naturales, como rocas o soportes, montañas, u otra forma natural, a la apariencia de animales o formas humanas.

Conocer los sistemas culturales y las formas de creación de signos a través de mapas cognitivos pueden conducir a reflexiones muy interesantes, sobre todo en este tema de la pareidolia o de los códigos culturales. La clave, al final, es comprender que la naturaleza ritual en las manifestaciones rupestres fue una construcción simbólica de carácter antropocéntrico y que debe ser observadas por la propia "pertenencia" del grupo social, sus prácticas simbólicas y sus mapas mentales, tal como lo relataba André Leroi-Gourhan en *Le geste et la parole* (1964) como un modelo de registro de símbolos y de relaciones culturales. Al igual que, en su momento, el análisis estructuralista de Claude Lévi-Strauss (1968) planteaba la relación entre el sujeto y la significación a través de un sistema de signos.

Como tercera dimensión clave en el seminario, el uso de las nuevas tecnologías y las nuevas pautas a otras formas de registro generaron aportaciones relevantes. En México, Moisés Valadez propone la adaptación de los sistemas tradicionales de registro a los sistemas de información geográfica y 3D que permitirán el manejo de grandes cantidades de datos. La relevancia de dicha investigación es generar el registro macro de un área y, con ello, la interpretación para descifrar los códigos rupestres. El GIPRI es y ha sido uno de los primeros grupos de investigación que se ha enfocado al estudio interdisciplinario en América del Sur. En sitios como La Lindosa desarrollan un minucioso estudio de los pigmentos de estos murales, así como la aplicación de fluorescencia de rayos X *in situ*. Marcela Sepúlveda, en relación a los estudios arqueométricos y análisis de pigmentos, realiza un gran trabajo de carácter interdisciplinario con la caracterización de los pigmentos en las pinturas de Chile. Estos resultados son aplicados a pigmentos utilizados en momias chinchorro y otros contextos cazadores recolectores para su comparación. Otra herramienta actual que ha surgido para quedarse en los registros rupestres es el uso de drones. En Perú y gracias al uso de estas tecnologías de vuelo se han encontrado nuevos geoglifos en la zona de Nasca, como explica Aïcha Bachir Bacha y su equipo; o en Argentina el uso de la fotogrametría para grandes áreas de registro de alta montaña, con Luis Martos y su grupo de investigación, y que también ha aportado interesantes resultados.

Como contrapunto al uso de nuevas tecnologías para los estudios rupestres, Albert Rubio advierte que, si bien estas herramientas han contribuido al incremento de las investigaciones en número de registros y calidad, debemos tener en cuenta que dichas herramientas no son un fin en sí mismo, sino que deben dirigirse a preguntas tanto arqueológicas como históricas a las que queremos dar respuesta.

Así, una vez que se concluyó que la investigación se desarrolla tanto a nivel de registro como de interpretación, los investigadores de ambos seminarios coincidieron en que los estudios llevan aparejados el compromiso para la conservación de los conjuntos rupestres, junto con la participación comunitaria y de las instituciones. En este sentido, se proponen dos formas de acercarse a las comunidades: uno, a través de la identificación cultural, en este caso por medio de la protección de los pueblos originarios; y dos, involucrando a las poblaciones alrededor de los sitios en la difusión de la arqueología.

Los ejemplos claros son los que Mario A. Palacios practica en Aguascalientes, o en Baja California Sur y Sonora con los trabajos de Ma. de la Luz Gutierrez y César Quijada respectivamente, en los cuales, y a pesar de que las poblaciones no se sienten identificadas históricamente, si van tomando interés progresivamente por los mismos. En Puebla, según Erika Morales relata, los habitantes se presentan ante el analista como informantes y se apropian de este entorno cultural. Y en Colombia, destaca el extenso material de divulgación creado por Diego Martínez y la interacción social con las comunidades con el grupo GIPRI. Este trabajo cooperativo con las comunidades subraya la dimensión pública de la arqueología y la antropología como disciplinas al servicio del bien común. Es importante recalcar que se pueden enfocar los estudios en sintonía con la conservación, divulgación y aprendizaje con y para las poblaciones alrededor de las mismas; y por otro lado, continuar con la retroalimentación de los investigadores con nuevas propuestas y avances en las investigaciones de estos contextos culturales.

De manera didáctica, cada capítulo se enlaza a la conferencia virtual mediante con un código QR. También se ha procurado mostrar las imágenes digitales de manera clara y amplia, para que puedan ser apreciadas en detalle para otros estudios futuros.

Queremos agradecer y expresar nuestro mayor reconocimiento a las instituciones que colaboraron a través de sus investigadores en estos dos seminarios: ICOMOS-Colombia; Consulado Honorario de México en Andalucía; Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; CNRS, Francia; Escuela Nacional de Antropología e Historia, México; École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia; Programa Arqueológico Ánimas Altas, Ica, Perú; Universidad de British Columbia, Okanagan,

Canada; Pontificia Universidad Católica de Chile; Grupo de Investigación de Arte Rupestre Indígena (GIPRI), Colombia; y Divulgark, Colombia.

Finalmente, en lo particular, agradezco a todos los colegas que tuvieron la enorme generosidad de presentar sus investigaciones virtualmente y posteriormente trabajar en un texto cada uno de los trabajos que a continuación se presentan. A Pilar Casado por su apoyo en el segundo seminario como moderadora y a Albert Rubio por sus reflexiones finales en lo rupestre de México. Fue un honor y un privilegio contar con la participación de cada uno de ustedes y que sumemos esfuerzos en todos los ámbitos que así se requiera y en nuevos proyectos a futuro.

Bibliografía

Clottes, J. (2011). *Pourquoi l'Art Préhistorique*. Gallimard.

Criado, F. (1993). Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología*, (2), 9-56.

Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Gallimard.

Leroi-Gourhan, A. (1964). *Le geste et la parole*. Éditions Albin Michel.

Lévi-Strauss, C. (1968). *Arte, lenguaje y etnología. Entrevistas con George Charbonnier*. Siglo XXI.